

## EL SISTEMA FAMILIAR EN TRES NACIONES INDIGENA DE AMERICA

Rosamel Millaman Reinao

El sistema de parentesco es trascendental en todas las sociedades humanas sean estas son sociedades cazadoras-recolectoras, sociedades con estados y sin estados, sociedades pre-capitalistas y capitalistas, simples o modernas. En el caso particular de las sociedades indígenas de América encontramos una amplia gama o tipos de familias que difieren sustancialmente del tipo de familia de la sociedad occidental que generalmente es del tipo nuclear, se decir, los padres y sus inmediatos descendientes.

En el presente trabajo analizaré el sistema familiar indígena tomando como patrón a tres sociedades nativas de América de un nivel sociopolítico diferente y de áreas geográficas distintas: los Inuit o mal denominado Esquimales, los Tlingit del Noroeste de U.S.A y los Mapuches de Chile. El primero representa el tipo de sociedad de bandas cuya rasgo característico lo constituye la descentralización política y el significativo grado de igualdad social del hombre como de la mujer. El segundo grupo, los Tlingit representa una sociedad con un alto grado de jerarquía y estatus social, y, el último, el caso Mapuche, una sociedad tribal con una relativa centralización social y política.

Para los propósitos de esta discusión sólo nos abocaremos a describir las características de la familia indígena, la condición de la mujer en la familia, el rol de los grupos familiares y los cambios ocurridos en los sistemas familiares.

Para comenzar debemos señalar que en las sociedades indígenas, más que en otras sociedades, la familia constituye el centro y unidad social más importante. Podríamos afirmar que el rol y la influencia de la familia se ejerce en todos los niveles de la cultura indígena tanto en orden social, religioso y económico y político. Por lo tanto su influencia es ubicua. En el caso Inuit, por ejemplo, las unidades familiares representan la mayor expresión social de la sociedad y en ésta se observa una estructura y clara división de las funciones de sus miembros (Glumple, 1995). El hombre se preocupa de la caza, recolección de productos alimenticios, materias primas y la mantención de los equipos de pesca, que por lo general esta actividad se ubica fuera del espacio de la residencia habitacional. En cambio, las mujeres asumen la responsabilidad de la educación y el cuidado de los niños, manteniendo ellas funciones de plena autonomía en estas esferas. A pesar de constituir una cultura asentada en un espacio territorial específicos encontramos en ellas, una profunda variabilidad cultural tanto por su desarrollo histórico como por las formas de influencia y expansión colonial vivida por esta sociedad y que han dejado huellas en la cultura. Así, por ejemplo, los Esquimales del oeste desarrollaron un sistema de familia extensa con residencia pos-marital matrilocal, es decir, luego del matrimonio la nueva pareja debía residir en la comunidad originaria de la madre. Este sistema familiar parece haber sido la regla común en la sociedad Inuit dado que los procesos coloniales y de penetración de la cultura occidental fue menos intensa y expansiva que en el resto del territorio Esquimal donde el impacto parece alterar profundamente la cultura original, particularmente en la condición social de la mujer. En el caso del Artico Central, la organización de la familia tiende a ser más nuclear y los sistemas de residencias claros y específicos. Sin embargo, hay una tendencia a la virilocalidad y los hombres están participando más en la conducción de las actividades domésticas. Ambos, hombres y mujeres tienden a desarrollar un rol similar en estas actividades productivas aunque el hombre emprende la actividad central de la

caza. La mujer aquí adquiere un gran reconocimiento por sus habilidades y labores productivas en tareas tan importantes como el trabajo del curtido del cuero y la preparación de la vestimenta que en ambientes ecológicos como éste, son imprescindibles para la sobrevivencia. En cambio, en la región del noreste de Norteamérica el sistema de residencia es mayormente patrilocal, es decir, la mujer debe residir después del matrimonio en la comunidad del marido. Aquí se observa un mayor control y autoridad del hombre sobre la esposa tanto en las tareas domésticas como en las decisiones públicas que comprometen al grupo familiar.

El alcance de la función de la familia es transcendental, principalmente por la necesidad de enfrentar la rigurosidad del medio ambiente, el cual obviamente influye en la cultura indígena. De esta manera, en toda la región del Ártico cumplidos los 6 años los niños y las niñas tienden a ordenarse separadamente para ejercer ya a temprana edad las funciones adultas y dominar las esferas de cada sexo. Después de los 8 años los niños, por ejemplo, deben ir paulatinamente asumiendo tareas de adulto y las niñas tareas propias de mujeres adultas. Para ello se requiere preparación y constante aprendizaje, lográndolo con la experiencia vivencial y las enseñanzas de los adultos. El nuevo individuo debe ser capaz de vivir en esas condiciones ambientales rigurosas por lo que las personas incapacitadas se les abandona, cuando está en peligro la sobrevivencia del grupo familiar.

El sexo es la mayor fuente de fricciones sociales, tal vez, debido al alto grado de infanticidio femenino en períodos de hambruna que reduce sustancialmente la población femenina. Por esta razón, la competencia y robo de mujeres es relativamente frecuente y homicidios entre hombres es también común.

Por otra parte, después del matrimonio, la mujer tiene pocas posibilidades de ejercer poder sobre su sexualidad y capacidades reproductivas dado que el hombre mantiene un gran poder sobre ellas. El puede obligar a la mujer a compartir su sexualidad con algún amigo o compañero, previo arreglo establecido sin consulta y participación de la mujer pero conceptualizada culturalmente por el conjunto de la sociedad. Tales intercambios pueden resultar en arreglos maritales permanentes o en su defecto, el marido puede elegir una segunda esposa y a veces una tercera. Sin embargo, frente a estas latentes discordias y conflictos que puedan emanar, es norma que se establezca el divorcio de las parejas y las relaciones parentales que lo norman. En esos casos la mujer queda libre de elegir otro esposo, sólo que esto se dificulta cuando el matrimonio ha logrado tener hijos. En cambio el hombre puede reiniciar otras relaciones aunque tiene que demostrar su capacidad no sólo económica sino también moral frente al grupo familiar.

En lo que respecta a la igualdad en la arena pública, en estas regiones, prácticamente en todos los niveles, el hombre mantiene un poder en las decisiones de la comunidad y sólo en materias religiosas y rituales la mujer puede asumir roles de autoridad. En el caso del ritual, las mujeres y los hombres pueden ser elegidos chamanes o sacerdotes compartiendo con igualdad la posibilidad de ser un líder espiritual de la sociedad Inuit.

En cambio, la sociedad Tlingit en la costa noroeste de Norteamérica posee un sistema de clan matrilineal con matrimonio exógamo, siendo hoy aún una sociedad de gran desarrollo comercial y de un complejo sistema jerárquico. Todos los individuos ocupan un rango tanto por su línea de descendencia como por su condición social y económica. Así factores de parentesco y riqueza son criterios que establecen la jerarquía de los individuos de

ambos sexos. La sociedad Tlingit es altamente estratificada fundamentalmente por su sistema económico que descansa en la obtención de alimentos del océano y materias primas del bosque, los cuales otorgan gran prestigio a sus poseedores. El hombre pesca y la mujer ahuma y seca el pescado para el consumo en el invierno. En el verano, la mujer colecta y preserva los frutos silvestres y en primavera las algas marinas. Durante el verano y otoño un grupo familiar puede recolectar y almacenar alimento para todo el siguiente año con suficiente excedente para comercializarlo o para las grandes fiestas. Recolección de plantas del bosque fue tarea de la mujer pero la mujer fue muy importante también en la producción del salmón, una de las fundamentales actividades económicas de la sociedad Tlingit. Esclavos y artículos de lujo se comercializaron en la región costeras como símbolos de riquezas y estatus. Tal posesión se demostraba en las fiestas públicas o "potlatches" que eran fiestas de reafirmación del estatus social. En empresas comerciales lejos del área emprendida por el hombre, la mujer en sus residencias establecía lazos comerciales con gente del área y manejaban la economía de las familias. Un cronista en 1914 manifestó al observar esta realidad lo siguiente: "Toda las riquezas de los maridos son enteramente entregadas a las esposas. Ella es, por lo tanto, el banquero de la vivienda. Si el desea hacer una compra el debe apelar al consentimiento de la mujer (Jones, 1914 citado por Klein, 1995)". Las decisiones económicas recaen en la mujer respecto en qué invertir y cómo invertir. Por esta razón, a las niñas se les incentivaba más que los niños a que fueran disciplinadas, trabajadoras, ahorrativas y a obtener riquezas y bienes.

Al igual que los Inuit, los chamanes y brujos también podrían ser hombres y mujeres. La sociedad Tlingit fue de parentesco matrilineal. Los hijos nacidos ingresaban inmediatamente al sistema parental de la madre. Pero el sistema es más complejo, existiendo "mitades", clanes y subclanes. Mayormente las mitades establecen reglas de matrimonios exógamos, ya que una mitad "Aguila" debe casarse con otra mitad "Cuervo". Ahora dentro de cada mitad hay varios matriclanes que son asociados con emblemas específicos y diferenciados tanto por sus características sociales como por sus líneas de descendencias. Estas agrupaciones de clanes tuvieron grandes habitaciones en diferentes villas, muchas de las cuales, constituían verdaderas unidades habitacionales. Sin embargo, clanes locales y grupos de casas, son los más importantes en términos de la dimensión y alcance como base unitaria de parentesco.

El patrón de residencia llamado 'avunculocal' determina que los hombres y jóvenes se cambian a la casa del hermano (s) de la madre cuando es infante para aprender las destrezas y conocimientos necesarios para lograr el estatus de hombre. Así el hombre pasó sus primeros años de vida en la mitad opuesta pero vivió su vida adulta en su propio clan. Las mujeres jóvenes, en cambio, se quedan en la casa de sus padres, el cual fue una mitad opuesta, hasta el período de su matrimonio. El proceso fue mucho más complejo cuando las mujeres representaban un estrato mayor, debiendo generalmente en estos casos, recluirse bajo normas clánicas específicas.

En el caso Mapuche tenemos tres áreas de interés en el análisis de la familia. Aunque los estudios etnográficos han sido escasos sobre la familia, existen varias características que podríamos señalar como importantes para este análisis.

En primer lugar, la sociedad mapuche tuvo un sistema social y político con rasgos clánicos, es decir, una relación parental de los individuos con una descendencia generalmente de carácter matrilineal cuyos miembros proveen mutua seguridad, ayuda legal, gobierno, matrimonio, regulación de propiedad y control de los sistemas religiosos y



sociales. Los Butalmapu y Aillarehues, máximas expresiones sociales y políticas, constituyeron entidades que tenían una base clánica. Aunque los estudios en este sentido son reducidos, es posible conjeturar que los Mapuches constituyeron sistemas sociales matrilineales y patrilineales. Sólo que por razones del largo proceso de interacción con las fuerzas coloniales, parece ser que el sistema de descendencia matrilineal fue decayendo y transformándose progresivamente en un sistema patrilineal dominante. Como haya sido la situación, hay evidencia para sostener que el rol de la mujer fue profundamente alterado al igual que el del hombre. Este parece ser el caso de los chamanes, en su condición histórica estas funciones fueron ejercidos tanto por hombres y mujeres Mapuches. Estos, como se sabe, fueron personajes religiosos, médicos y magos que cumplían una labor clave y fundamental en la cultura Mapuche tanto en la unidad cultural como en la religiosa. Con los largos procesos de influencia cultural y los modelos del género impuesto por la cultura occidental, el hombre fue paulatinamente perdiendo injerencia en esta labor y hoy en día es la mujer la que predominantemente ejerce esta función.

A diferencia de otras culturas indígenas los mapuches históricamente mantuvieron un sistema de parentesco de familias extensas, es decir, un grupo familiar consistente en una serie de familiares cercanos tanto por línea materna o paterna. Esto significa que puede ser familia extensa, una mujer, su esposo, sus niños y sus hijas casadas con sus maridos; o, un hombre, su esposa, sus niños, sus hijos y las esposas de sus hijos. Estas unidades parentales tuvieron siempre como base principal la familia nuclear y podían cohabitar un mismo techo o "ruka", sin embargo, por lo general, las unidades parentales se ubican en un complejo habitacional doméstico donde se relacionan de acuerdo a los lazos familiares existentes. Es común en estos casos ubicar hasta el día de hoy varias unidades domésticas en un mismo espacio habitacional. Esta unidades familiares generalmente mantienen un sistema de matrimonio exógamo, es decir, los individuos pueden casarse solamente con otros grupos fuera del linaje. Así observamos una movilidad intra-reservacional (Faron, 1961) dado que la mujer está obligada a residir en las tierras de su esposo. La segunda variante es que la familia compuesta puede aglutinar dos núcleos de familias relacionadas bajo un sistema de vivienda, no necesariamente bajo un mismo "techo". En términos numéricos, este sistema familiar es menor que la familia extensa, pero todavía sigue constituyendo una norma muy regular en muchas comunidades o territorios mapuches. El último sistema familiar, es la familia elemental o nuclear, los padres y los hijos. Este sistema no es tradicional en la cultura Mapuche por lo que su existencia y proliferación obedece a una respuesta histórica a los procesos coloniales y su influencia cultural sobre la sociedad Mapuche.

Este sistema familiar que progresivamente ha ido influyendo en la sociedad Mapuche contemporánea arrastra nocivas consecuencias sociales y culturales. Por una parte, representa una forma de destrucción de la cultura Mapuche por cuanto con este sistema se anula y aniquila la transmisión cultural de la memoria histórica que ejercieron los abuelos o "ftakeche" sobre las nuevas generaciones. Y por otra, el nuevo sistema familiar conlleva la indirecta desaparición de la "ruka" o vivienda tradicional y su fogón siendo éste el que aglutina y renueva la memoria histórica del conjunto familiar. Al eliminar el fogón se pierde a nivel familiar el punto cosmológico y unitario de las reflexiones, sueños, enseñanzas, esperanzas y cambios del pensamiento Mapuche. Como resultado se pierde la identidad, cohesión y fortaleza cultural de la familia Mapuche.

Tanto antes como ahora, la familia es la unidad social más importante de la sociedad Mapuche, aunque se han vivido largos procesos de aculturación y desmoronamiento del conjunto de la cultura, ésta todavía ejerce un predominio en la

transmisión de la cultura. Sin embargo, es conveniente señalar que esta unidad social no está al margen de la cultura en su conjunto, en particular, de las formas de propiedad y sistemas de herencias. Como es regla, la unidad familiar Mapuche siempre está vinculada con el espacio geográfico o de territorio. Ninguna familia Mapuche puede entenderse al margen de la tierra por cuanto todo sistema matrimonial implica el dominio de un espacio territorial específico, el que está garantizado por las formas de herencia patrilineal de propiedad de las nuevas familias. Esto implica un sistema patrilocal, es decir, que la esposa debe residir y pasar a constituir parte del sistema de parentesco del marido.

La situación se torna dramática cuando el reducido espacio territorial se contradice con las normas culturales de residencia, los cuales son la base de todo sistema familiar. Allí los padres deben enfrentar duras ambivalencias y sentimientos de incapacidad para satisfacer las necesidades de los nuevos matrimonios Mapuches los que, a su vez, se ven forzados a abandonar la comunidad indígena migrando a centros urbanos bajo contradicciones y conflictos con su propia cultura. La gran presencia Mapuche en la ciudad testimonia un drama cultural y una lucha desigual de grandes conglomerados sociales que en los nuevos espacios, por una parte, crean y recrean su cultura pero por otra, están sujetos a la pérdida de su identidad cultural. Aunque este proceso parece ser la regla, los Mapuches a nivel social siguen manteniendo los lazos con sus familiares y amigos estableciendo redes de relaciones sociales y culturales tanto hacia las comunidades rurales de origen como hacia algunos grupos urbanos establecidos. A pesar de los procesos asimilacionistas y racistas, los Mapuches siguen manteniendo alguna identidad pocas veces abiertas porque son identidades reprimidas que no tienen libertad de expresión en los espacios urbanos. Frente a estas contradicciones se observa que una parte importante de la población mapuche urbana retorna temporalmente a sus comunidades aunque hay un proceso creciente de migración joven a los centros urbanos.

Desde otro punto de vista, las nuevas generaciones, al migrar a los centros urbanos en edad temprana, pierden parte del proceso de educación y enculturación tradicional mapuche, ya que este proceso obviamente no siempre coincide con las normas culturales occidentales. Los padres, así como los abuelos y bisabuelos, no logran transmitir toda la experiencia histórica de la cultura Mapuche hacia estas generaciones, quedando así estancado una parte importante del proceso de aprendizaje cultural de edad madura. Esto se traduce en que a los padres se les imposibilita ejercer alguna influencia sobre la conducta de sus hijos ya que por estar fuera del espacio cultural de la comunidad mapuche y por el hecho de que estas generaciones han logrado tener un propio control de sus vidas, a los padres y "lonkos" se les imposibilita ejercer la autoridad tradicional frente a esta juventud. Esta es otra de las razones de por qué las nuevas generaciones sean más propensas a perder sus vínculos familiares y culturales con la sociedad Mapuche.

Sin embargo este nuevo cuadro social tiene muchas implicancias en el comportamiento de las nuevas generaciones: frustraciones, conflictos de identidad, agresividad e inestabilidad emocional que conducen al alcoholismo, la delincuencia y en menor medida a la prostitución. En este contexto se van estableciendo nuevos comportamientos que van dañando la personalidad y la conformación de las nuevas familias recién constituidas. Aunque esto no es una regla, sin embargo, es un hecho nuevo producido ante la destrucción de las bases culturales que sustentan la identidad y la proyección histórica de la cultura Mapuche.

De ello se desprende que hay una estrecha relación, por una parte, entre invasión de territorio, expansión de los sistemas de mercado capitalista y como consecuencia de esto, una descomposición social de la familia y la comunidad que tiene como subsecuente resultado el incremento de la violencia al interior de la familia Mapuche. Así, en la medida que el supuesto progreso del modelo capitalista y de la cultura occidental se impone, así también conlleva la destrucción de la familia y la moral de la sociedad Mapuche.

A modo de conclusión, podríamos señalar algunos rasgos generales que caracterizan y caracterizaron el sistema familiar de estos tres pueblos indígenas mencionados. En primer lugar, debemos señalar que el sistema familiar indígena prevaleciente no fue el tipo occidental, sino que existieron varios tipos de sistemas familiares generalmente compuestos de grandes unidades parentales, los cuales estaban ligadas consanguínea y culturalmente. La presencia de la familia nuclear, en el caso Mapuche por ejemplo, obedece mas a un proceso de destrucción colonial de su cultura que a razones evolutivas internas de la propia sociedad. En segundo lugar, el rol y el estatus de la mujer en las sociedades y familias indígenas es significativamente más igualitaria que en las sociedades modernas y que ésta condición de igualdad va disminuyendo en la medida que estas sociedades alcanzan un mayor grado de estratificación social. Asimismo, es factible afirmar que algunas sociedades indígenas originalmente matrilineales van transformándose paulatinamente en sociedades patrilineales en la medida que se va imponiendo el modelo económico y cultural de los colonizadores. Sin embargo esto no significa la eliminación absoluta del estatus alcanzado por la mujer indígena en estas sociedades. En cuarto lugar, como resultado de la invasión y apropiación de sus territorios y recursos, las familias indígenas y sus relaciones sociales se ven inmediatamente alterados situación que lleva a procesos de conflictos, violencia y suicidio, particularmente en las jóvenes generaciones.

Aunque los procesos de destrucción cultural y aculturación han ido incrementándose, la familia como parte fundamental de la unidad social y cultural todavía ejerce un rol de primera importancia en la mantencion y proyección de la cultura indígena.

### Referencia

Faron, Louism  
1961.

Mapuche Social Structure; Institutional  
Reintegration in a Patrilineal Society of Central  
Chile. The University of Illinois Press.

Guemple, Lee  
1995

Gender in Inuit Society. En, Women and Power in  
Native North America, Editado por Laura F.Klein y  
Lillian A. Ackerman. University of Oklahoma Press.

Klein, Laura F.  
1995

Mother as Clanswoman: Rank and Gender in Tlingit  
Society. En Women and Power in Native North  
America. Editado por Laura F. Klein y Lillian A.  
Ackerman. University of Oklahoma Press.